

Los de Moisés: un sutil carpetazo al realismo mágico

EVE GIL

Sé de la existencia de *De los Moisés*, novela de Zonia Sotomayor Peterson (Hermosillo, Sonora), desde hace quince años, cuando empezó a publicarse por entregas en el suplemento *Perfiles de El Imparcial*, bajo el seudónimo de Sofía Véjar. Tengo asimismo noción de la existencia de otras novelas inéditas de Zonia, de las cuales conozco apenas deslumbrantes destellos. En este sentido, se trata de una autora kafkiana, que se afana por escribir obras maestras en las que se advierte un arduo trabajo de corrección y una emperrada pasión por la soledad, pero que sin embargo la inhiben cuando llega el momento de publicarlas, como si la pasional solitaria que las escribió se convirtiera de pronto en una especie de cervatillo huérfano. Así pues, aunque *Los De Moisés* sea, oficialmente, la primera novela de Zonia, más exactamente la primera en ver la luz, estamos ante una autora que ha recorrido un largo, larguísimo trecho en el muchas veces tortuoso campo de la escritura.

Los De Moisés (Plaza & Valdés, 2005) es una tradicional novela latinoamericana, que recurre a una original técnica narrativa que asimismo rebasa al típico narrador omnisciente porque deja la sensación de estar escuchando una especie de conciencia colectiva; una sola versión compuesta de muchas versiones. La autora se queda al filo del realismo mágico, es decir, lo torea con gracia casi disoluta, y sin embargo crea una atmósfera llena de magia con base en el cotidiano pensamiento mágico de nuestros pueblos. *Los De Moisés* se nos presenta como una familia señalada por una rara maldición, de la cual nunca sabremos nada, es decir, ni en qué consiste dicha maldición, ni de donde proviene, pero la maldición es palpable, tanto para los personajes como para sus lectores, y solo una pluma con oficio sabe como lograr que algo inno-

nos asalte de continuo. Es narrada, por otra parte, a ritmo de novela negra desde las primeras líneas: la presencia de un misterio que no necesariamente tiene por qué ser expuesto verbalmente se manifiesta desde las primeras líneas y no abandona en lo absoluto la dinámica de la trama.

El lenguaje juega un papel primordial en la prosa de Zonia. No mayor ni menor que los aspectos previamente enumerados, sino igual. En este sentido, Zonia pertenece a la familia de los que yo llamo poetas que escriben novelas, una raza casi exclusivamente latinoamericana, como el colombiano Álvaro Mutis, el cubano Eliseo Alberto o el ecuatoriano Jorge Enrique Adoum. Son la clase de escritores que nos hacen recordar que el origen más primitivo de la prosa se encuentra en la poesía, y la prosa de Zonia Sotomayor es poesía pura: “y quiero volver a tenerte entre mis brazos y regreso corriendo/ y hay una obscuridad que no comprendo/ y hay como un silencio que lo llena todo/ y te llamo sollozando y no me importa que me miren/ yo sé que tú estás ahí, yo lo sé, sé que me estás esperando/ y la única locura es esta separación/” La poesía, como la magia, es inherente al entorno de los *De Moisés*, está implícita en su misma naturaleza que es, a un tiempo, trágica y gozosa.

Esto, por lo que respecta al aspecto formal de la novela. El argumento es en verdad apasionante, a pesar de que las circunstancias expuestas, sin ser cosa de todos los días (ni las desapariciones ni las desgracias suelen ser cotidianas, no para el común de los mortales; sí para estos mortales con finta de dioses) se presentan bajo una apariencia de normalidad casi idílica. Estamos en el pueblo de Tourette, que por sus características puede ser cualquier pueblo sonoreense, enclavado en pleno desierto, “De veras que hacer calor; aquí se seca uno hasta el fondo del alma”, dice el narrador. Aunque ágil en su ritmo narrativo, cosa curiosa, Zonia consigue hacernos sentir que el tiempo se desliza lento como un depredador, acicalándose antes de dar el siguiente zarpazo, justo como en esos pueblitos idílicos donde las horas parecen imitar a los ancianos que se mecen despreocupadamente en sus poltronas. Pudiera decirse que *Los De Moisés* son una familia más del entorno de Tourette si no fuera por dos detalles: la notabilísima belleza física de sus miembros y el hecho de que Héctor María, el hijo adoptivo del matrimonio compuesto por doña

Rosario y don Rodrigo, que no por adoptado deja de ser tan hermoso como sus hermanos, recibe una inesperada herencia del padre que se negó a reconocerlo en vida: un burdel, el cual se dispone llevar con la máxima decencia permitida por el caso. Aunque este hecho provoca rencillas entre él y su madre, que se rehúsa a tocar su “dinero sucio”, Héctor María no deja de asombrarnos con su ejemplaridad filial a lo largo de la trama, lo cual no lo salva de ser alcanzado por la rara maldición que pesa sobre su familia.

Por otro lado tenemos a los hijos carnales de doña Rosario y don Rodrigo: María y Rodrigo. La primera sucumbirá a un enamoramiento inexplicable hacia un soldado raso de nombre Gervasio, destinado a ser uno de los personajes más entrañables de la novela. Gervasio viene “del sur”, lo que de antemano hace suponer que no es muy atractivo que digamos; pero su aspecto es lo de menos pues sus ojos poseen el brillo de los de una bestia acorralada, y la única que se peca de este pavoroso detalle es doña Rosario. En efecto, Gervasio será incisamente perseguido por la muerte, la cual parecerá tomar las formas más sospechosas e inverosímiles. Otro de los enormes logros de Zonia, es anteponer la circunstancia persecutoria por sobre los motivos de dicha persecución, un poco a la manera de Juan Rulfo en *Diles que no me maten*. Lo que prevalece en *Los De Moisés* es la actitud de Gervasio ante el acorralamiento y ante las sucesivas desgracias que su ingreso a la familia De Moisés parece desatar. A continuación veremos al joven Rodrigo, telegrafista como su padre, envolverse con una casi siniestra compañera de trabajo cuya mirada la emparenta, en cierto modo, con el propio Gervasio. Esta mujer que dice llamarse Ema, empujará a Rodrigo a un matrimonio que se vislumbra desgraciado, para finalmente desaparecer del mapa junto con la hija que han engendrado. Nuevamente, un poco en formato de novela negra, no son los motivos de Ema para usurpar una falsa identidad y para destruir la estabilidad emocional de un hombre inocente lo que se destaca en *Los De Moisés*, sino las circunstancias. Llega el momento en que el lector deja de afanarse en desentrañar los enigmas para brindar prioridad a los procesos de recomposición, más que de mera descomposición, que los actos de maldad gratuita desencadenarán en sus receptores, que es justo lo que la autora pretende.

Pero el personaje que más me conmovió en lo personal, es el antes citado Héctor María, el más comprensivo y justo proxeneta del que haya tenido noticia. A través de este personaje, Zonia elabora una especie de apología a la “buena prostitución”, por llamarla de algún modo; es decir, hasta qué punto es posible ejercer dicho oficio dentro de la mayor dignidad y seguridad posibles. Al grado de que Leticia, una costeña recién llegada al burdel de Héctor María, se presenta decidida a poner su mejor empeño en el ejercicio del placer de paga, sin contar con que el patrón no le permitirá llevar a cabo su propósito porque se enamorará de ella y le pedirá matrimonio. La historia de amor entre Héctor María y Leticia es la parte más erótica y feliz de *De los Moisés*, sin embargo habrá de concluir en elegía. Leticia morirá en el cenit de la dicha, y Héctor María se descubrirá enfermo, acaso contagiado por su propia amada, de una enfermedad que parecía haber sido erradicada de la faz de la tierra pues, como él mismo dice en la página 301: “(...) la mía es una enfermedad más vieja que el hombre, en dos mil años no saben mucho más de lo que sabían los médicos que vivieron con Jesucristo (...)”. La horrible enfermedad provocará que Héctor quede virtualmente despedazado en brazos de su abnegado cuñado, Gervasio, que asimismo tendrá que juntar los pedazos de su bellissimo hijo masacrado por una homofobia tan real pero mucho más cotidiana que la enfermedad de Héctor María.

Los De Moisés es una novela deslumbrante, la más ambiciosa que se ha escrito en territorio sonorenses. Con esto me refiero al hecho irrefutable de que Zonia se propuso crear arte y no nada más reproducir para diversión de propios y extraños las “exóticas” costumbres sonorenses, como lamentablemente han hecho la mayoría de los autores de nuestro terruño. Zonia, novelista de oficio, se desgarró en cada línea que escribe; la sopesa, la decanta, la pule hasta más no poder, porque es una artista pura sangre, de la misma estirpe de Abigail Bohórquez (el único con el que me ocurre compararla), de los que dejan el alma y el sexo en un verso, en una frase. Zonia viene a enriquecer la por desgracia escasa presencia femenina en las letras sonorenses, hasta hace poco tan hostil con las mujeres de genio, razón por la cual las escritoras son como agujas en un pajar... pero al fin y al cabo, agujas que relumbran como el huso que engatusó a la Bella Durmiente. 🐉